

Reparando injusticias

FRANCISCO LEONARTE

Dos orquestas sinfónicas tienen sede en la ciudad de Valencia, la de la Comunidad Valenciana, y la Orquesta de Valencia. La primera es un roll-royce que suena a gloria, de suerte que los melómanos valencianos han tomado la costumbre de mirar a la segunda, la de la ciudad misma, con un punto de condescendencia : "sí, está bien, pero no es la de la Comunidad .."

Sin embargo, en el concierto del pasado jueves 2 de Marzo, la Orquesta de Valencia sonó *también y tan bien* como una gran orquesta, tal vez como la gran orquesta que en realidad es...

Sirva pues este comentario -en las medidas de sus posibilidades- de reparación a tal injusticia.

Hay que escuchar sus trombones serenos y en general toda su sección de metales que para sí quisiera alguna que otra orquesta de relumbrón. O sus certeros ataques de trompeta. Las intervenciones de las maderas no fueron menos notables. Y la cuerda. Con un bonito sonido, parece que quedaron muy atrás los tiempos en que su empaste era menos evidente.

Apenas en dos o tres inflexiones muy puntuales pudo notarse que a la Orquesta de Valencia le falta aún algo para estar a la altura de otras de más renombre. Y no dudo que ese "algo" pronto sería alcanzado si estuviese a la misma altura desde un punto de vista presupuestario...

Pietari Inkinen

El director del concierto que nos ocupa, el finlandés Pietari Inkinen, el pasado verano tuvo un repentino "golpe de publicidad" por haber sido destinado a dirigir el *Anillo del Nibelungo* en Bayreuth en 2022 y no haber podido hacerlo por culpa del COVID, siendo sustituido por Cornelius Meister. Sigue sin embargo previsto Inkinen para el *Anillo* de Bayreuth 2023.

Aparte de lo bien que sonó la orquesta -que un director puede siempre tener una parte de responsabilidad en el buen o mal sonido de la orquesta- quien esto escribe apreció en



Pietari Inkinen © Nguye Phuong Thao | pietariinkinen.com

Valencia, jueves, 2 de marzo de 2023.

Teatro Principal. Jean Sibelius: Finlandia, op 26. Poema sinfónico. Johannes Brahms : Sonata para clarinete nº1 en fá menor, op 120 (arr. Luciano Berio). Jean Sibelius : Sinfonía nº5 en mi bemol mayor, op 82. Andreas Ottensamer, clarinete. Orquesta de Valencia. Dirección musical Pietari Inkinen

Inkinen los *tempi* que adoptó y a los que se ciñó. *Tempi* que, en *Finlandia* dieron su punto justo de solemnidad al inicio, y su punto justo de intensidad rítmica al finale. En uno y otro caso, guardando una suerte de mesura, de forma que el poema sinfónico sonó a partes iguales con poesía y con ímpetu, pero ímpetu *alla finlandesa* si se quiere, que no es lo mismo que *alla italiana*...

Tal vez hubiera sido deseable más moderación en el momento de acompañar al clarinetista en la *Sonata n.º1* de Brahms, pero es posible que aquí el problema no fuera tanto el director como la orquestación de Luciano Berio, que queriendo de una sonata para piano y clarinete hacer un auténtico concierto para clarinete, a veces exagera el papel de la orquesta y mezcla distintos timbres de la madera con el del propio clarinete. En todo caso, servidor de ustedes añoró constantemente la participación del piano...

Pareciendo más a gusto con el repertorio de su país y con la orquesta sola, en la *5ª Sinfonía* de Sibelius, Inkinen realizó una estupenda labor, pasando de *piani* a *forti* con inteligencia, manejando con primor los acentos de la orquesta (que respondió admirablemente, como decíamos), montando con elegancia la estructura complejísima del primer movimiento. Tal vez en el muy mozartiano segundo tiempo hubo alguna bajada de tensión. Pero el tercero, fue arrebatador, con ese tema obsesivo, a la Bruckner, que llegaba después de haber sido tantas veces anunciado. Con un finale contundente.

El público aplaudió a rabiar. Pero más le aplaudió la orquesta, negándose a veces a saludar para que el propio Inkinen recibiese todos los aplausos.

Segunda injusticia

En estos tiempos que vivimos en que el marketing es el rey, servidor de ustedes cuando ve un intérprete guaperas que todavía no conoce, sea chico o chica, tiende a la desconfianza: ¿Qué parte de talento y qué parte de *sex-appeal* componen el éxito de esta criatura en las redes sociales y por ende con las casas de discos? ¿Será simplemente un puro producto instagramable?

A pesar de competir con el estreno el mismo día y en la misma ciudad de la nueva producción de *Don Giovanni* (mi compañero Rafa Díaz les brinda una perfecta [crónica](#) de lo que están siendo dichas representaciones con el insufrible Michieletto como director de escena), a la sala del Teatro Principal había acudido buen número de aficionados, atraídos sobre todo por la fama del clarinetista, el joven y mediatizado Andreas Ottensamer. No olvidemos que además la Comunidad Valenciana es tierra de bandas, y un instrumentista de viento es a veces más popular aquí que una estrella de la televisión.

Pues bien, quien escribe estas líneas ha de hacer acto de contrición y manifestar públicamente que, a pesar de que Ottensamer es en efecto un hombre guapo, es también -y sobre todo- un magnífico clarinetista. Más todavía: es un músico.

Fiato de quitar el hipo, dulzura de la de verdad, expresividad, sorprendente soltura en las ornamentaciones... El clarinete *cantaba*, y uno tenía la sensación de estar escuchando a Souzay o a Fischer-Dieskau... Con eso que les diga, ya lo he dicho todo.

Tercera injusticia

Por último, déjenme romper una lanza en favor del Teatro Principal, el teatro histórico de la ciudad, una bonita sala de la segunda mitad del diecinueve por donde pasaron tantos nombres ilustres de la música y que una aciaga reforma a finales del siglo XX privó de los resonadores que se hallaban, desde su creación, bajo el patio de butacas.

Hoy en día este teatro tiene fama de impracticable para la música. Pero lo cierto es que, aun siendo su acústica indudablemente seca, con los adecuados paneles en el escenario, con el adecuado uso de la corbata escénica, pudimos desde el patio de butacas escuchar perfectamente a la orquesta y a sus distintos pupitres.

Personalmente, quienes hemos frecuentado salas como la Philharmonie de Paris, con su insufrible acústica reverberativa, preferimos mil veces la sequedad del actual Teatro Principal valenciano.